

El Ferrocarril Central Argentino en Córdoba en 1870

Por Horacio C Reggini

El 18 de mayo de 1870 el Ministro del Interior Dalmacio Vélez Sarsfield, en representación del gobierno nacional, tuvo a su cargo la inauguración solemne del Ferrocarril Central Argentino en Córdoba, pronunciando ante los numerosos concurrentes a esa fiesta, un discurso en el que aplaudió vigorosamente el papel de las comunicaciones y de la ingeniería en el desarrollo y bienestar de la nación.

Creo oportuno, copiar los párrafos de gran expresividad de Vélez Sarsfield que muestra la importancia asignada al tema en esa época:

“Al cumplir la disposición del Gobierno Nacional, de inaugurar el Ferrocarril Central, no puedo prescindir de recuerdos que me traen estos lugares.

Este pueblo ha sido el campo de batalla donde con más empeño y heroísmo luchó la civilización de la República con la sangrienta barbarie de López, Quiroga y Rosas. Inmediato a estos lugares, yo vi 1.500 cadáveres de los soldados del terrible Quiroga. Acabo de pasar por las pampas de Oncativo donde un ilustre general, natural de esta ciudad, acabó en un gran combate, con las hordas que descendieron de las provincias del oeste.

Pero muy luego, un accidente de la guerra dio un golpe de muerte a las esperanzas de la buena causa, y comenzaron los infaustos días de una época de sangre que duró más de veinte años. Por aquí, por este mismo camino que ha traído esa máquina, fueron arrastrados todos los hombres principales de esta ciudad, a morir en el destierro: sacerdotes, honor de Córdoba, los ilustrados maestros de la enseñanza en la Universidad, todos, todos perecieron muy lejos de este pueblo. Por ese mismo camino fueron llevados multitud de oficiales, que yo a nombre del Gobierno de la plaza había capitulado con el jefe del ejército enemigo, los cuales fueron muy luego fusilados en

mi presencia, en la ciudad de San Nicolás. No hubo un lugar en la provincia de Córdoba que salvara de la furia de los que dominaban el territorio, o donde no hubiesen sido sacrificados oficiales y jefes beneméritos que se habían distinguido en la guerra de la independencia.

Las matanzas, el robo, la licencia, puede decirse, parecida a las incursiones de los salvajes del desierto, fue el gobierno que por tantos años sufrieron los habitantes de esta provincia.

Pero al fin una reacción general acabó con esos funestos caudillos, y comenzó la época del orden y de los principios.

No temamos, señores, volver a caer en el abismo que hemos salvado. En los siglos anteriores, el buen o mal gobierno, la fortuna o desgracia de los pueblos pasaba sucesivamente. A veinte años de paz, sucedían veinte años de guerra. Un mal gobierno destruía el progreso de un siglo, y solo después de largos años podía la sociedad volver a su primer equilibrio. Este es el flujo y reflujo de la historia de la humanidad.

Pero sobre este movimiento había otro más alto que necesariamente debía criar el destino permanente de los pueblos: el movimiento intelectual, el movimiento que produce el progreso de las ciencias y de las artes.

Al progreso intelectual van cediendo la esclavitud, el fanatismo de las religiones, las guerras intestinas, todos los males que la humanidad ha sufrido. Su resultado inmediato son los grandes descubrimientos, y los grandes descubrimientos, señores, no pasan jamás, ni hay poder en los hombres para destruirlos o contener su benéfica influencia. Ellos han alcanzado hoy a dar una vida permanente a la moral, a la paz, a la riqueza de las naciones.

Uno de ellos, el vapor aplicado a la locomoción, es el poderoso instrumento que la Providencia parece haber designado para la conservación del orden del mundo, porque él reproduce los elementos suficientes para contener las malas pasiones.

Así, señores, esta obra que vamos a inaugurar no pasará jamás. Las tempestades políticas no podrán destruirla, ni impedir o contener su fuerza de progreso en todos los intereses sociales. Ella fijará la suerte de esta provincia, y su bienestar no será transitorio. Ella por sí creará fuentes inagotables de riqueza, de seguridad y tranquilidad. Ella también es el exordio de un cambio radical en el ser de toda la República. En adelante, a estos pueblos destinados a ofrecer solo contingentes de sangre, viene esa máquina a conducirlos al campo de la paz. El silbido de las balas, el ruido de los combates que por tantos años se han sucedido en este pueblo, callará por siempre. La voz de esa máquina excita intereses más vivos, conforme con los deberes de los hombres hacia la sociedad, y con sus primeras obligaciones hacia la familia. Ella viene a despertar a estos pueblos del letargo en que han vivido, a desterrar el ocio, poniendo al alcance de todos los elementos de prosperidad y fortuna. Ella hará que las fuerzas y tesoros de nuestro país no se conviertan en medios de guerra y de muerte. Su columna de humo será como la columna de fuego que en otro tiempo guio a los hebreos a la tierra de promisión.

¿Para qué descender a enumerar los beneficios que los ferrocarriles traen a los valores territoriales, a las industrias de todo género, a las nuevas empresas que desenvuelven la riqueza general que crían?

La experiencia de los lugares en que ellos se han asentado los ha hecho sensibles a todos. Os diré solamente que los ferrocarriles han puesto en evidencia una verdad también comprobada en los principios de la economía social: que ellos sirven en igual grado a intereses que parecen inconciliables, los del productor y consumidor; siempre el principio de la armonía en todas las profesiones, en todas las industrias; siempre la solidaridad en todos los intereses de la vida de los pueblos; la industria de uno cría la industria de otro; la riqueza particular es una riqueza en expectativa para todos. La facilidad de las comunicaciones ensancha así indefinidamente el campo de la vida; y si vivir es trabajar, producir y obrar en todo sentido, el individuo de

hoy vivirá más que sus antepasados, vida más útil a su patria y a la generación que le suceda.

Para esta provincia, el ferrocarril tiene un valor de posición inconmensurable. Córdoba, centro de la República, centro de los telégrafos que extenderán sus brazos hasta el Alto Perú, hasta la capital del Paraguay, hasta la capital del imperio del Brasil, hasta las costas del Pacífico, verá llegar a su vasto y rico territorio las ciencias que le descubran los tesoros que él encierra. Aquí vendrán las producciones de todas las provincias del norte y del oeste, para que esa máquina las conduzca en pocas horas a los puertos fluviales. Córdoba, por medio de este ferrocarril, se convertirá en un puerto marítimo el más fácil y seguro. Por la creación de la aduana de depósitos, la importación de los mercados de Europa será en esta plaza más pronta y con menos gastos que en todos los otros puertos del Estado. En pocos años, cuando la historia describa la nueva y grande ciudad de Córdoba, dirá del pueblo de hoy, lo que el historiador romano cuando comparaba la Roma anterior a César con la que dejaba Augusto: *Vastæ solitudines erant*. Córdoba no era sino un desierto solitario antes de la inauguración del Ferrocarril Central.

Los efectos morales de esta obra corresponderán a sus efectos materiales. La facilidad para comunicarse los hombres de este pueblo a las mayores distancias por medio del ferrocarril, traerá una profunda y feliz revolución en los hábitos y costumbres de hoy; y si consideramos sus efectos sobre las ideas y la inteligencia, sus productos mentales y morales aparecerán sobre el hombre mismo. El sentimiento de la fraternidad entre los hombres se radica fuertemente en el corazón, a medida que viene a ser más fácil y más frecuente el contacto entre las personas de diversos idiomas, de diversas patrias, de diversas religiones.

Demos, pues, gracias a la Providencia por este inmenso beneficio que le dispensa al pueblo de Córdoba. Yo soy más obligado que todos, pues me ha concedido una larga

vida, que me permite, después de haber dejado a este pueblo ahora cuarenta años en la más espantosa situación, después de haber presenciado en todas sus horribles faces la sangrienta lucha de la barbarie, aquí, en Buenos Aires y Montevideo, después de haber visto morir en esa guerra a tantos amigos y compañeros, me permite digo, hallarme presente, participar y sentir el gran beneficio con que premia al país de mi nacimiento por sus largos años de sacrificios por la causa de la verdad, de la moral, del orden y de la paz. Gracias, señores, al Gobierno del General Urquiza que concibió, hizo la concesión y protegió esta obra: gracias al Gobierno del General Mitre, que penetrado de su importancia, no se dispensó de sacrificio alguno para procurarle todos los medios que fueron necesarios para que llegara a su término: gracias, en fin, a la compañía que ha construido esta obra monumental, demostrándonos en sus trabajos que no la guiaba un principio de utilidad particular. El nombre de su jefe tan conocido ya en América se oirá en nuestro país como el del regenerador de los pueblos argentinos, como el que ha transformado un desierto y extenso territorio en poblaciones laboriosas y morales. Que el pueblo de Córdoba y la República toda se feliciten en este día, día de su renacimiento. Sus destinos ya son otros, los destinos que traen la paz, la riqueza y el bienestar general.”

Quizás en estos momentos, un funcionario nacional ante una inauguración de un tema moderno considerado de importancia, pudiera expresar un discurso análogo pero referido a las computadoras, las telecomunicaciones o Internet. Sobre este tema el Santo Papa Francisco difundió el 8 de junio de 2015, en el Pontificio Consejo para las Comuniones Sociales, cinco consejos a los jóvenes a la hora de “usar bien” Internet y la TV. El Pontífice las resumió así: primero, saber elegir (“Si veo que un programa no es bueno para mí, que echa por tierra los valores, dejarlo”); cuidarse de la fantasía mala (“Si buscás en la computadora programas sucios, perdés la dignidad”). También hizo un

llamado a cuidarse de los ciclos vacíos, sin valores, que fomentan el hedonismo y el consumismo, que definió como el “cáncer de la sociedad”. Francisco propuso colocar las computadoras y la televisión en un lugar común del hogar, y desaconsejó que los chicos tengan la PC en el cuarto. Por último, el Papa invitó a no ser esclavo de los dispositivos: “Estar demasiado pegado a computadoras, teléfonos móviles, etcétera, hace daño al alma y quita la libertad. Te hace esclavo de esos medios”. Es curioso, en muchas familias los papás y mamás me dicen “estamos en la mesa con los hijos y ellos con el teléfono móvil están en otro mundo”. “El lenguaje virtual es una realidad que no podemos negar, pero cuando nos lleva fuera de la vida común es una patología”, dijo.